

Cuentos del Lejano Oeste

Bret Harte



En uno de los primeros cuentos que reunimos en esta selección, un fraile de Salamanca es tentado por el Diablo en una montaña de California allá por 1770 y ve con pesar cómo su misión evangelizadora será pronto reemplazada por «hordas de ismaelitas» con «los ojos azules y los claros cabellos de la raza sajona», que avanzan «empujándose, alborotando, jadeando y fanfarroneando». Son los primeros buscadores de oro. En el cuento siguiente, situado en 1850, en un campamento de esos hombres rudos y familiarizados con la desesperación, la única mujer que vive entre ellos da a luz a un niño y muere; alimentándolo con leche de burra, y con un cariño y un afecto inesperados, logran esos mismos hombres sacarlo adelante. Bret Harte ha sido llamado con razón «el Dickens de los pioneros»: ilustrando con humor y sentimiento el coraje y la virtud de los primeros colonos, dio a conocer el salvaje Oeste a los «afectados» lectores de la Costa Este, para quienes California era pura leyenda, e implantó una serie de arquetipos perdurables de lo que entonces aún era una tierra prometida, aunque ya sacudida por la violencia y el racismo. Estos dieciséis Cuentos del Lejano Oeste son un homenaje a los aventureros, a los tahúres, a los bandidos, a las prostitutas, a las maestras... sujetos de una vida tan digna como excepcional.

Nota al texto

En este volumen se reúnen algunas de las narraciones más características de Bret Harte, especialmente las ambientadas en California, el «lejano y salvaje Oeste», que en la época en que se publicaron era prácticamente un mito para los «afectados» lectores de la Costa Este de Estados Unidos. Empezando por su primer cuento publicado y terminando por uno de los últimos, hemos querido incluir también, como apéndice, «Los argonautas del 49», una crónica personal, publicada en 1882, de la vida de aquellos pioneros de los que él mismo formó parte. Los textos se han traducido a partir de la edición de *Works* de su autor (Houghton Mifflin, Boston y Nueva York, c. 1897-1906).

La procedencia original de los textos es la siguiente:

«Mi metamorfosis» (*My Metamorphosis*): *The Golden Era*, abril de 1860.

«M'liss» (*M'liss*): *The Golden Era*, septiembre de 1863. Una versión más corta de este cuento se había publicado en la misma revista en diciembre de 1860 con el título de *The Work on Red Mountain*.

«La leyenda del Monte del Diablo» (*The Legend of Monte del Diablo*): *The Atlantic Monthly*, octubre de 1863.

«La suerte de Roaring Camp» (*The Luck of Roaring Camp*): *Overland Monthly*, agosto de 1868.

«Los desterrados de Poker Flat» (*The Outcasts of Poker Flat*): *Overland Monthly*, enero de 1869.

«El socio de Tennessee» (*Tennessee's Partner*): *Overland Monthly*, octubre de 1869.

«El idilio de Red Gulch» (*The Idyl of Red Gulch*): *Overland Monthly*, diciembre de 1869.

«Brown de Calaveras» (*Brown of Calaveras*): *Overland Monthly*, marzo de 1870.

«El hijo pródigo del señor Thompson» (*Mr. Thompson's Prodigal*): *Overland Monthly*, julio de 1870.

«La *Ilíada* de Sandy Bar» (*The Iliad of Sandy Bar*): *Overland Monthly*, noviembre de 1870.

«De cómo Santa Claus visitó Simpson's Bar» (*How Santa Claus Came to Simpson's Bar*): *Atlantic Monthly*, marzo de 1872.

«Wan Lee, el pagano» (*Wan Lee the Pagan*): *Wan Lee, the Pagan and Other Stories*, George Routledge and Sons, Londres, 1874.

«Una ingénue de las Sierras» (*An Ingénue of the Sierras*): *The Idler*, mayo de 1893.

«Una alumna de Chestnut Ridge» (*A Pupil of Chestnut Ridge*): *Trent's Trust and Other Stories*, Houghton Mifflin Co., Boston y Nueva York, 1896.

«Tres vagabundos de Trinidad» (*Three Vagabonds of Trinidad*): *Under the Redwoods*, Houghton Mifflin Co., Boston y Nueva York, 1900.

«Los argonautas del 49» (*The Argonauts of '49*): Introducción General del segundo volumen de *The Works of Bret Harte*, Chatto & Windus, Londres, 1882.

Mi metamorfosis

(1860)

Después de cuatro años de internado y experiencia educativa dejé la academia del reverendo Blatherskite con una confianza profunda en los libros y un desprecio supremo del mundo, en cuya cosmogonía incluía yo toda clase de instituciones prácticas. Provisto de una gran imaginación poética, una memoria saturada de novelas y cuentos y un temperamento sensible, repleto de aristas afiladas todavía sin limar por el contacto con la sociedad, resbalé llanamente en la siguiente aventura.

El gran principio viajero característico de esta clase de temperamento me llevó a recorrer mundo. El amor por lo bello me convirtió en artista. Un pequeño patrimonio satisfacía todas mis necesidades, y así, un buen día, me encontré perdiendo el tiempo, lápiz y cuaderno de dibujo en mano, en uno de los condados interiores más amenos de Inglaterra.

No lejos del pueblo en el que me alojaba, una finca grande y noble se extendía por el campo. Todo lo que el refinamiento de una familia importante e incalculablemente rica había reunido a lo largo de generaciones se encontraba en aquel parque ancestral. El espíritu liberal que lo distinguía abrió sus puertas al desconocido curioso y aquí fue donde dibujé muchos bocetos de árboles y bosque, un estudio, un conjunto sugerente de luz y sombra que se puede ver en dos trabajos incluidos en el catálogo de la Academia de Dibujo con los números 190006 y 190007 respectiva-

mente, y que el *Art Journal* calificó favorablemente de «el esfuerzo prerrafaelista más logrado del virtuoso Van Daub».

Una tarde de julio (el aire caliente ascendía en ondas visibles, palpables incluso), después de un paseo tranquilo por el parque, llegué al borde de un lago silvestre. Un semicírculo de hierba rodeado de robles y hayas descendía unos cuantos metros hasta la orilla del agua, que estaba adornada con estatuas. Allí vi a Diana con sus perros de caza, a Acteón^[1], a Pan con su flauta, a algunos sátiros, faunos, náyades, dríadas e innumerables deidades de los dos elementos. Era un rincón rural, extraño y fascinante. Me tumbé suntuosamente en el césped, allí mismo.

Se me había olvidado hablar de una cosa que me gustaba mucho. Era un apasionado de la natación. El aire asfixiaba y la superficie del lago parecía fresca y tentadora; nada podía evitar que diera rienda suelta a mi predilección, salvo el temor a que alguien me sorprendiera. Como sabía que la familia no se encontraba en la mansión, que pasaban pocos desconocidos por allí y que era un poco tarde, me decidí. Me quité la ropa en el lindero de los árboles y me zambullí audazmente. ¡Con qué placer absorbían el puro elemento los poros sedientos! Buceé. Me revolqué como un delfín. Fui a nado hasta la otra orilla, donde la hierba, y, entre los juncos susurrantes, me quedé flotando boca arriba, mirando las estatuas y pensando en las pintorescas leyendas que las envolvían. Los pensamientos se refocilaban con entusiasmo en los placeres sensuales de la vida. «¡Felices —dije yo— los tiempos en que las náyades gozaban de estas aguas! ¡Bienaventuradas las inocentes y pacíficas dríadas que habitaban los troncos de aquellos robles! ¡Hermoso el sentimiento y exquisito el gusto que supo encarnar en seres vivos los armoniosos elementos de Natura!» ¡Ay, ojalá me hubiera contentado con pensar estas ridiculeces! Pero hete aquí que de pronto se me ocurrió una solemne tontería. En unas cuantas brazadas llegué a la orilla, corté unas ramas de aliso, las trencé, las rellené con juncos y con ellas me cu-

brí los lomos. Con otras pocas tejí una corona que me ceñí al estúpido cráneo. Plenamente satisfecho, fui a mirarme en el espejo del agua. Podía ser el mismísimo Acteón o una grácil dríada de género masculino. En cualquier caso, la ilusión era perfecta.

Seguía mirándome cuando me sobresalté al oír voces. Imaginen mi desaliento al volverme y ver a un nutrido grupo de damas y caballeros elegantes repartidos por la pradera. Inmediatamente pensé que la familia había regresado con algunos amigos. ¿Qué podía hacer? Había dejado la ropa en la otra orilla. El espacio abierto que mediaba entre el lugar en el que estaba y el bosque hacía imposible huir en aquella dirección sin ser visto. Además, unas cuantas parejas se aproximaban por el camino que llevaba directamente hasta mí. Angustiado, miré a todas partes. A poca distancia se alzaba un pedestal con forma de pirámide cuya estatua había derribado y echado al agua el tiempo, el gran iconoclasta. Entonces me vino a la cabeza una idea brillante. Me encontraba en este brete horrible porque me había dado el capricho absurdo de disfrazarme, así que decidí aprovecharlo para salvarme. El pedestal medía unos dos metros y medio. No tardé nada en encaramarme a lo alto y adoptar una postura. Con el corazón desbocado pero el cuerpo completamente rígido, esperé a que llegaran. Ojalá no tardaran mucho. Rogué por que así fuera.

Para mejorar el efecto, cerré los ojos. Los pasos se acercaban. Oí voces y recrujir de sedas.

Todo un coro femenino: «¡Precioso!».

En voz baja: «¡Qué natural! ¡Es perfecto!».

Una voz opaca y ronca, probablemente del *pater familias*: «Sí, no cabe duda. La postura es sencilla y grácil. El contorno es excelente, no moderno, diría, pero muy bien conservado».

Una con falsete que arrastraba los sonidos: «Siii, bastante bueno. Una copia muy aceptable; he visto muchas como

esta en Roma. Allí proliferan por todas partes; pero no me parece muy bien hecha; las piernas son feas, ¡muy feas!».

Esto era demasiado. Yo era un gran caminante y presumía de pantorrillas muy bien desarrolladas. Podía soportar las críticas femeninas, pero tener que callarme ante comentarios tan faltos de delicadeza de alguien que debía de ser un dandy de piernas como palillos me puso furioso. Me tragué la bilis de la cólera y apreté los dientes, pero sin mover un solo músculo externo.

—Bueno —dijo una voz que me emocionó—, no tengo intención de quedarme aquí toda la noche, rodeada de solo Dios sabe cuántos espíritus de los bosques. Este sitio me resulta extraño y sombrío. Casi me parece que ese caballero de ahí arriba está a punto de descender del pedestal para llevarnos a su casa, dentro de un tronco hueco.

Me atreví a abrir los ojos, aunque oía perfectamente todas y cada una de las sílabas que burbujeaban en esa voz musical y me mandaban la sangre poco a poco de vuelta al corazón. Pero el aire de la tarde ya era húmedo y frío y, debido a la falta de costumbre de estar desnudo, las piernas y los brazos se me habían entumecido y los tenía como dormidos. Empezaba a temer que jamás recuperaría la soltura cuando, afortunadamente, el grupito empezó a alejarse.

Abrí los ojos y... ¡los cerré al instante! En esa mirada, rápida como el rayo, me encontré con un par de ojos redondos, azules, de niña, que me miraban fijamente por debajo del ala de un sombrero coqueto, con cintas que se agitaban como una barca mágica sobre un mar tempestuoso de bucles dorados. No me atreví a abrirlos otra vez.

—¡Ada! ¡Ada! ¿Te has enamorado de la estatua?

—¡No! ¡Ya voy!

Y el vestido crujiente y la voz mágica se alejaron.

Temblando de miedo, me quedé a la espera. Me acobardé por primera vez. ¿La niña me había descubierto? Me veía ya expulsado ignominiosamente del jardín de la desgracia, como Adán el pecador pero, ¡ay!, sin el solaz de la

bella Eva. Cinco minutos después me atreví a mirar de nuevo. Todo estaba oscuro. Oía rumor de voces arriba, en la terraza del jardín. Tan pronto como el entumecimiento me lo permitió, bajé de las alturas a la luz de la luna naciente y en menos de lo que se tarda en decirlo eché a correr hacia la otra orilla, me vestí y, entre matorrales y helechos, llegué a la caseta del guarda del parque. Esa misma noche me fui del pueblo. Esa misma semana me fui de Inglaterra.

Fui a Francia. Fui a Alemania. Fui a Italia. Pasaron tres años. Había aprendido a dominar un poco la imaginación y el entusiasmo, tenía mejor opinión de la sociedad. Había pintado varios cuadros grandes, alegóricos y fantasiosos, con prominencia de figuras femeninas de ojos azules y cabellos rubios. No tuvieron éxito. Había hecho algunos retratos, por los que fui remunerado generosamente, y había logrado cierta independencia. Vivía en Florencia. Era feliz.

Una noche, los salones del duque de R. se llenaron de simpáticos pintores, escultores, poetas y novelistas. Al entrar allí me presentaron formalmente a un tal señor Willoughby, un caballero inglés que viajaba por motivos de salud con su única hija. Este conocimiento superficial se tornó en aprecio y, una noche en que vino a verme al estudio para que le enseñara el retrato de un amigo común, me propuso que hiciera un cuadro de su hija. Me presentaron a Ada Willoughby y ella se convirtió en mi modelo.

Era rubia y bonita, una joven de la que podía haberme enamorado de un flechazo tres años antes. Pero cuando estábamos juntos nos embargaba la contención y yo intentaba en vano olvidar un recuerdo fantasioso que parecía estar indisociablemente unido a su bello rostro. Era una joven inteligente, una compañera cordial y teníamos gustos muy semejantes. La pinté fielmente, el retrato triunfó, pero cuando descubrí que tendía a replicar algunas de sus facciones en todos mis retratos, como *La Fonarina* de Rafael, llegué a la conclusión de que estaba enamorado de ella. La

contención de antaño no me permitía dejar hablar al corazón. Un día, paseando por un museo, nos detuvimos ante un cuadro exquisito de la transformación de Pigmalión. Le pregunté si creía en esa leyenda. Me contestó sencillamente que era una «fábula bonita».

—Pero —insistí—, si Pigmalión hubiera sido mujer y la escultura la figura de un hombre, ¿cree que su amor habría podido infundirle vida?

—La mujer que se enamora del mero físico de un hombre es tonta —me respondió.

Me decepcionó, aunque no entendí muy bien por qué, y no dije nada más.

Ella tenía que volver a Inglaterra. Yo me había propuesto aniquilar con la razón un sentimiento que empezaba a ponerme el futuro en jaque. Se formó un grupo para ir a ver una villa de las afueras de la ciudad y yo tenía que acompañarla. El lugar estaba arreglado con muy buen gusto; había grupos de estatuas y los típicos ornamentos italianos, como riachuelos y fuentes. Formábamos un grupo alegre y nuestras risas resonaban en los paseos. En algún momento, el señor Willoughby, Ada, unas pocas señoras y yo nos sentamos en la orilla de un lago artificial, en cuyo centro manaba una fuente que lanzaba su chorro hacia el limpio cielo azul. Hacía un anochecer fresco y delicioso; Ada prestó su voz a las ondas del agua. Caí en una ensoñación, de la que me sacaron acusándome de insociable para obligarme a contribuir a la diversión del día.

—Bien —dije—, por respeto no cantaré detrás de la señorita Willoughby y por prudencia tampoco lo haré más tarde. ¿Qué quieren que haga?

—Cuéntenos algo —dijeron.

—¿Qué quieren que les cuente? ¿Un cuento de amor, de guerra o una comedia muy lamentable?

—Un cuento de amor —dijo Ada—, con hadas, caballeros, dragones y damiselas desconsoladas... Algo como sus

cuadros, con luces y sombras... y grandes moles grises y ¡muy impreciso!

—Y con moraleja —añadió el padre.

—Sus deseos son órdenes —contesté—. Este cuento se titula *La historia más triste y patética de los caballeros encantados* o *La náyade malévola*.

Siguió la pausa de rigor y proseguí:

—En los tiempos de la dinastía de las hadas había un caballero. Era joven y audaz. Le había sido concedido el don de reproducir cuanto se le antojara, así como el conocimiento de la verdadera belleza, sin el cual se dice que es imposible conocer la felicidad. Este caballero siempre había sido un trotamundos y se había enamorado de un ser al que veía reflejado en todos los lagos y fuentes, y cuyas virtudes comprendía en su totalidad. En premio a su constancia, ella le concedió los dones de la fuerza y la salud eterna. Un día, en un país lejano, el joven llegó a unos hermosos dominios y, entre lujos refinados y elegantes, encontró la imagen viva de aquel ser. Pero el gran monarca de esos dominios la amaba y la tenía recluida para sí. El caballero, que era audaz y decidido, se precipitó en sus brazos. Ella lo recibió con frialdad. El frío contacto le heló los brazos y le entumeció las facultades y supo que se estaba convirtiendo en piedra poco a poco.

»¡Ay! Es que en las aguas del lago en el que ella vivía había unos minerales extraños que lo convertían todo en piedra. El monarca lo encontró y lo colocó en un pedestal para ejemplo de todo aquel que pretendiera entrar sin permiso.

—¡Qué críptico! ¡Es delicioso! —exclamó Ada.

—Atiendan, que ahora viene el final. El caballero pasó mucho tiempo en este estado: inmóvil, pero no insensible; mudo, pero no exento de pasión. Los súbditos del monarca pasaban por delante de él haciendo comentarios irónicos, bromas y burlas. Él no podía responder. Pero un día se presentó un hada buena que tenía el don de deshacer encan-

tamientos malignos y curar las mutaciones antinaturales, y a cambio convertiría al curado en su vasallo para siempre. Posó su luminosa mirada en el caballero petrificado para deshacer el letargo helado que lo aprisionaba. Los párpados del caballero, envueltos en ese resplandor maravilloso, se abrieron como una flor y sus ojos devolvieron el reflejo del amor que le retornaba la vida. Se movió, era un hombre de nuevo.

—Y, naturalmente, cambió la hidropatía por el matrimonio —me interrumpió el padre.

No respondí porque Ada me acaparaba la atención. La sangre se le había subido al rostro paso a paso y por fin la enseña roja del triunfo de mi estratagema ondeó en la torre más alta. Me miró sin decir nada, pero su expresión me dio esperanzas.

No es necesario que siga; la historia está contada. Como es lógico, conseguí hablar a solas con mi antigua conocida y generosa amiga (mi nuevo amor, mi encantadora modelo) antes de que partiera a Inglaterra. El lector adivinará lo que luego sucedió. La única respuesta que voy a transcribir la recibí algún tiempo después del gran consentimiento que me hizo feliz para siempre.

—Pero, Ada, querida mía, ¿cómo es que pudiste detectar solo con tus brillantes ojos el engaño de la estatua viva?

—Pues —dijo ella, mirándome con picardía— era la primera vez que veía una estatua de mármol con un anillo de oro en el meñique.

Así que me quité el adorno traidor del dedo y se lo puse a ella en la mano.

M'liss

(1863)

Capítulo I

Donde la Sierra Nevada cede el paso a ondulaciones más suaves del terreno y los ríos se vuelven mansos y amarillos, al lado de una gran montaña roja, se levanta Smith's Pocket. Visto al atardecer desde la roja carretera, entre la luz roja y el polvo rojo, las casas blancas parecen montículos de cuarzo en la ladera de la montaña. La diligencia roja, llena de pasajeros de camisa roja, se pierde de vista varias veces mientras desciende por el tortuoso camino y reaparece de improviso en sitios apartados, hasta desaparecer del todo a unos cien metros del pueblo. Es probable que la peculiar circunstancia en que suele encontrarse el recién llegado a Smith's Pocket se deba a este quiebro repentino de la carretera. El viajero se apea del vehículo en las oficinas de la diligencia y lo más fácil es que eche a andar con plena confianza y salga otra vez del pueblo creyendo que va bien encaminado. Se cuenta que un peón del túnel encontró a uno de estos viajeros confiados a tres kilómetros del pueblo, con una bolsa de tela fuerte, un paraguas, un ejemplar de *Harper's Magazine* y otras muestras de «civilización y refinamiento», que iba andando por la carretera que acababa de recorrer en la diligencia, empeñado vanamente en encontrar el asentamiento de Smith's Pocket.

Un viajero observador podía encontrar alguna compensación por la molestia en la irreal vista de los alrededores. La falda de la montaña presentaba fisuras enormes y desmontes de tierra roja que evocaban más el caos de un levantamiento geológico primario y elemental que la mano del hombre; de la mitad de la ladera hacia el pie, un canal largo tendía su estrecho cuerpo y sus patas desproporcionadas por encima del abismo como un fósil gigantesco de un desconocido ser antediluviano. A cada paso cruzaban el camino acequias más pequeñas ocultando en sus profundidades amarillentas feos regueros que corrían a unirse clandestinamente, más abajo, con el gran torrente amarillo, y por todas partes se veían cabañas ruinosas de las que solo quedaba en pie la chimenea y la piedra angular del hogar al aire libre.

El nombre del asentamiento se debe a que un Smith verdadero descubrió un «criadero» en ese lugar. En media hora, Smith sacó de allí cinco mil dólares. Él, junto con otros, invirtió tres mil en construir el canal y el túnel. Y después se descubrió que el criadero era solo un depósito y que, como todos los depósitos, podía agotarse. Aunque Smith hizo excavaciones en las entrañas de la gran montaña roja, aquellos cinco mil dólares fueron la primera y última recompensa a sus esfuerzos. La montaña se volvió reticente a desvelar sus secretos de oro, y el canal se llevó el resto de la fortuna de Smith. Después, el hombre se dedicó a moler cuarzo; después a la hidráulica y a las zanjas, y después, con toda naturalidad, al negocio de los *saloons*. Pronto empezó a correr el rumor de que Smith bebía muchísimo; después se supo que en realidad era un borracho empedernido y, como suele suceder, a la gente le dio por pensar que lo era desde siempre. Pero por suerte el asentamiento Smith's Pocket, como tantos otros, no dependía de la fortuna del pionero fundador, y llegaron otros que excavaron túneles y encontraron criaderos. Y, así, Smith's Pocket se convirtió en un asentamiento con sus dos tiendas de mo-

da, sus dos hoteles, sus oficinas de transporte y sus dos primeras familias. De vez en cuando la larga calle se apocaba ante las últimas modas de San Francisco, que aparecían de pronto, importadas por correo para las dos familias en exclusiva; la naturaleza ultrajada, llena de zanjas y surcos, parecía aún menos atractiva, y era como un insulto para la mayor parte de la población, que los domingos se mudaba la ropa no por otra necesidad que la limpieza desprovista de lujos y adornos. Había también una iglesia metodista y al lado un salón para jugar al monte^[2]; un poco más allá, una pequeña casa-escuela.

Una noche, el maestro, como lo llamaba su pequeño rebaño, estaba solo en la escuela ante unos cuadernos de caligrafía, dibujando esos caracteres nítidos y gruesos que se supone que combinan los extremos de la excelencia caligráfica y moral, y había llegado a «Las riquezas son engañosas» y estaba elaborando un nombre con una letra adornada tan falta de sinceridad que encajaba muy bien con la esencia del texto, cuando llamaron suavemente a la puerta. Los pájaros carpinteros no habían parado de picotear en todo el día en el tejado, así que ese ruido no lo molestó. Pero la puerta se abrió y seguían llamando desde dentro, y entonces sí levantó la cabeza. Le sorprendió ver a una niña sucia y desaliñada. Sin embargo, los grandes ojos negros, el pelo sucio y mate que le caía, enredado, sobre la cara tostada por el sol, los brazos y piernas rojos y los pies manchados de tierra roja le resultaban conocidos. Era Melissa Smith, la hija de Smith, huérfana de madre.

«¿Qué querrá?», se preguntó el maestro. Todo el mundo conocía a «M'liss», pues así la llamaban a lo largo y ancho de la montaña roja. Todos sabían que era una niña incorregible. Su actitud fiera e ingobernable, sus rarezas demenciales y su carácter sin ley eran, en su terreno, tan proverbiales como la historia de las flaquezas de su padre, y la gente del pueblo las aceptaba con la misma filosofía. For-